

La salvación de las democracias

Viernes, 20 de mayo de 1938

Encontraremos siempre y en todas parte unos escollos donde las democracias perecen: bien por incapacidad para la defensa del interés y de los sentimientos nacionales; bien por la misma incapacidad para mantener el orden público, o para caminar hacia la justicia social. Encontramos una confirmación, extraordinaria, en que todas las dictaduras aprovechen su fuerza y su preocupación autoritaria para asegurar el orden tal como cada uno lo comprende. Por muy inclinada a la izquierda que la dictadura esté, querrá mantener su propio orden, diferenciándolo a la vez de la anarquía. Podemos constatar también que incluso las dictaduras rojas están muy preocupadas por afirmar su fuerza como potencia nacional, y que a su manera y con habilidad, no desdeñan la noción de la patria y de su primacía, e incluso la restauran.

Por otro lado, las dictaduras derechistas procuran, o al menos fingen asegurar según su punto de vista nacionalista o corporativo, una solución justa a los problemas sociales, sin dudar y sin retroceder a veces ante la demagogia. De lo anterior, podemos concluir que todas las dictaduras guardan un vivo recuerdo de esas puertas del poder, que han asaltado o que han encontrado abiertas o quebrantadas, y no quieren salir por donde consiguieron entrar.

No creo que la influencia de las causas ya explicadas pueda ser comparada con la de otros factores que sin duda cooperan al hundimiento de las democracias. Esas otras causas secundarias fueron sobre todo la debilidad que impidió que las democracias resistieran el choque; pero no fueron las democracias las que produjeron el choque.

Desde hace tiempo, se ha utilizado contra las democracias el argumento de que menospreciaban la eficacia en el gobierno; pero sin la presencia de algunos de los obstáculos que acabamos de señalar, la inferioridad del régimen democrático no se manifestaría. Una democracia puede asegurar perfectamente un gobierno fuerte y eficaz. Al igual que lo que apunta al orden financiero; porque si es verdad que el régimen democrático se desliza a menudo hacia el derroche, es también cierto que las dictaduras caen en ello casi

siempre. Además hay una diferencia esencial porque, llegado el caso, la incorporación es fácil en una democracia mientras que es imposible en la red de intereses unidos por un poder absoluto.

Se ha utilizado también en defensa de las aventuras totalitarias los defectos o los vicios no corregidos del parlamentarismo. Pero ese régimen parlamentario ha podido continuar allí donde se han podido aportar las tres causas principales de la decadencia. Además, la reacción dictatorial no se paró ante los países de régimen estrictamente representativo o presidencialista, que no parecen estar inmunizados contra el peligro. Debemos constatar también que la reacción no ha planteado ni siquiera la solución transaccional de una vuelta del régimen parlamentario excesivo a otro régimen donde los poderes estarían más separados y donde el gobierno conservaría sus atribuciones sin padecer los impedimentos de las Cámaras.

Es verdad que un régimen de libertad está sometido a la comparación terrible entre la grandeza de su ideal y las explicaciones decepcionantes de la realidad practicada; mientras que las dictaduras no buscan una comparación así, porque prefieren enfrentarse a los peligros del régimen que sustituyen. Esa ventaja psicológica es innegable; pero, a pesar de todo, las democracias conservan en su flexibilidad un potencial de variación y de renovación que permite servir las necesidades, e incluso los caprichos de la opinión, sin la rígida monotonía que, en las dictaduras, plantean su derrota como un acontecimiento horrible.

Las democracias, para conservarse, y para renacer y vencer, no necesitan transformarse profundamente. La libertad es la única mujer que puede sufrir sin peligro la prueba del tiempo, porque es algo más que joven: es eterna. Es el despotismo el que necesita enmascararse en cada momento para engañar bajo la apariencia de una encarnación nueva. La que presenta ahora es tan vieja y tan desacreditada como posible. Los famosos Estados totalitarios sólo son el absolutismo cesarista escondido y protegido bajo la complejidad social de las naciones contemporáneas.

Las democracias, para defenderse, cada día se hacen más fuertes y más justas en todos los órdenes: primero hacia ellas mismas para corregirse su debilidad y sus vicios; después, en el interior para mostrarse tan fuertes que la revolución social sea imposible, y tan justa que esa revolución no sea necesaria. Justas también en el exterior; cada democracia se salvará a sí misma por su fuerza y ayudará a salvar a las demás por su justicia. Esa última tarea parece un poco contradictoria, pero no debemos olvidar que las dictaduras se enorgu-

lleen precisamente de combinar la energía para hacerse respetar y la suavidad para negociar y conceder, a pesar de su necesidad de prestigio. Pero un éxito tal puede fácilmente acomodarse mejor con los regímenes democráticos.

En fin, mi profesión de fe, hecha a prueba de los acontecimientos y de las dificultades concluye siempre que el futuro pertenece a las democracias, con la condición de no ocultarse, sino por el contrario, de afirmarse aún más. No es cuestión de contradecirse, sino de perfeccionarse.